RECETA PARA VIAJAR

Travesías de una identidad mestiza



SILVIA MEJÍA

RECETA
PARA VIAJAR

Travesías de una identidad mestiza

SILVIA MEJÍA

© Silvia Mejía, 2026. Todos los derechos reservados.

© De la portada: Silvia Mejía, con apoyo de IA

Esta edición digital se ofrece de manera gratuita para uso personal. Se permite compartir el enlace oficial a esta obra, pero no se autoriza la reproducción, distribución o alojamiento del archivo en ningún medio sin el permiso previo por escrito de la autora.

Primera edición digital, 2026.

Nota

La mayoría de los nombres, así como algunas referencias geográficas, han sido modificados para proteger la identidad de las personas mencionadas en esta obra.

Para mis audaces amigas,
las que aparecen en este libro y las que no

Because this is the other thing about immigrants (fugees, émigrés, travelers): they cannot escape their history any more than you yourself can lose your shadow.

Zadie Smith, *White Teeth*

1

Quizá todo empezó esa tarde de verano en el aeropuerto, ¿te acuerdas? Tu amiga Chelita se iba a Estados Unidos por un mes. Como en ese entonces el aeropuerto estaba incrustado en pleno norte de la ciudad, rodeado de barrios donde más de una vez se estrellaron aviones, no te tomó ni quince minutos en bus llegar a despedirla. ¿Pediste permiso a tus papás para ir? Si lo hiciste, probablemente te dijeron que no. Aunque, pensándolo bien, estabas en plenas vacaciones y pegada a la tele la mayor parte del tiempo, así que quizá ellos vieron lo de ir al aeropuerto como una oportunidad de que salieras a orearte. En fin, el punto es que llegaste a tiempo para darle a la Chelita un abrazo y verla alejarse con paso apurado, como el resto de su familia. Todavía tenías la vista fija en ella cuando se volteó a mirarte: sonrió (los ojos chiquititos detrás de sus lentes de asiento de botella), se despidió con la mano una última vez y, enseguida, desapareció detrás de un muro. Hoy sabes que allí empezaba para los viajeros el trajín de migración —pasaportes, sellos, preguntas—, pero, en ese momento, lo que aquel muro escondía era un misterio, un área vedada para ti y para todos los demás infelices que no se iban a subir a ningún avión.

Te entraron, de repente, unas ganas intensas de llorar. No querías soltar lágrimas en público, así que miraste a tu alrededor en busca del baño o, de una vez, la puerta de salida. Pero entonces te diste cuenta de que estabas rodeada de personas que lloraban en silencio, incluidos varios niños que, como tú, no pasarían de los doce años. Te dejaste llevar por el llanto pues, aunque no por más de un par de minutos. La gente a tu alrededor había empezado a disgregarse, unos con calma, como si nada hubiera pasado; otros sonándose la nariz, inconsolables. No sabes si intuiste entonces o recién ahora que, casi con seguridad, esas personas tristes que te rodeaban habían acabado de pasar por despedidas difíciles. Desde luego, ese no era tu caso. ¿Tú por qué llorabas? La Chelita era una buena amiga pero, no nos engañemos, no había entre ustedes el tipo de dependencia total y cariño desbordado que apenas unos meses más tarde ibas a tener con la Gaby, por ejemplo. Además, la Chelita iba a regresar en apenas unas semanas, justo antes del inicio de clases. Así que, ya en serio, ¿tú por qué llorabas?

En aquellos días de escuela de monjas y confesión semanal no lo habrías admitido (ni te lo habrías perdonado), pero hoy que revisitas esa estampa de aeropuerto después de haberla sepultado en el olvido por décadas —hoy que miras por la ventana cómo la enésima tormenta de este invierno lo cubre todo de nieve; hoy que batallas para escribir sentada en tu oficina, en una ciudad extranjera de cuyo nombre ni siquiera te habías enterado entonces— te queda claro que llorabas de envidia.

El bus que pasaba por el aeropuerto era el mismo que tomabas todos los días en sentido contrario, al regresar de la escuela. Durante el trayecto hacia la despedida ibas contenta, como si con solo estar cerca de la viajera en el momento justo de su partida te fueras a contagiar de las aventuras que estaba por vivir. Seguro se te cruzó por la cabeza también que, conmovida por tu gesto, quizá la Chelita le iba a pedir a su mamá que comprara un regalito para ti en Disney World. Pero una vez que los viajeros se perdieron detrás del muro lo que sentiste fue desconsuelo. Lo que habías querido, te resulta evidente ahora, no era vivir vicariamente a través de la Chelita, sino ser ella, subirte en el avión en su lugar y tener un tío dentista y soltero, con tanta plata en el banco que podía darse el lujo de llevar a su hermana y su sobrina de vacaciones a la Florida y Nueva York. Qué poco sabías de la Chelita y su familia en realidad. Tan lejos estabas de ser una verdadera amiga que jamás hiciste el esfuerzo de entender por qué siempre estaba algo triste. En su vida no parecía haber un padre, solo su mamá y su tío. Años más tarde, cuando hacía ya mucho tiempo que la Chelita y tú habían perdido el contacto, una excompañera de colegio te contó que al tío lo habían asesinado en su propio consultorio, montado en una sección del apartamento que servía también como vivienda para la familia. Podrías haberte dado modos para averiguar su teléfono y darle una llamada, pero no lo hiciste. La última vez que habías hablado con la Chelita estaban las dos a punto de empezar la universidad y tú todavía no habías visto el otro lado del muro en el aeropuerto internacional.

Cierto es que, cada vez que visitaban a la familia en Tulcán, tus papás, tu hermano y tú aprovechaban para cruzar la frontera con Colombia y hacer compras en Ipiales. Para ti no había producto local que se igualara a los bombones colombianos; tu mamá pensaba lo mismo de la ropa interior. Tan ecuatorianas las dos en esa convicción nociva de que todo lo venido de fuera era, siempre, mejor. Pero, por razones para las que entonces no tenías ni vocabulario todavía, Colombia para ti no contaba como el extranjero. Por lo menos no Ipiales. Quedaba demasiado cerca y, aunque apenas ponías un pie de ese lado la gente hablaba un español algo distinto, nada más parecía contrastar.

Francamente, si no hubiera sido por el habladito no habría sido posible distinguir a un ecuatoriano de un colombiano. El extranjero —en tu imaginación hecha de pura tele y pelis gringas, de una que otra novela del *boom* y muchas revistas del corazón, de los Alpes de *Heidi* y las buhardillas parisinas de Cortázar— era bien Europa o Estados Unidos.

2

El colegio te había enseñado a no contradecir a tus mayores y te había lanzado a la vida adulta cargada de dogmas y de convicciones de pacotilla. Está, por ejemplo, ese recuerdo que hoy te llena de vergüenza. Tú, mocosa de dieciséis años que jamás se había acostado con nadie y ni novio tenía, escribiste a pedido de las monjas una canción contra el aborto. De música sabías todavía menos que de maternidad adolescente, pero con las mismas cinco notas de guitarra que te habían sacado de apuros en el pasado te mandaste la canción con la que tu colegio ganó no sé qué concursillo de música provida. Los de la ONG ultraconservadora que había organizado el evento hasta te invitaron a trabajar de voluntaria para ellos, y lo peor es que aceptaste. Por aquellos mismos días, Mayte, una compañera de curso a la que conocías desde la escuela primaria, dejó de asistir a clases; nunca supiste si se salió del colegio por su cuenta o si la expulsaron. Lo cierto es que el año siguiente, el último de la secundaria, Mayte se apareció en el soleado corredor que llevaba a las aulas de sexto curso, empujando un cochecito y con una bebé preciosa medio dormida en su hombro. Unos meses más tarde el sexto curso de especialidad Sociales se graduaba. Sin Mayte, claro.

Fue la universidad la que te sembró sospechas, la universidad y la madre Rosa. No era ella una de esas monjas que conocías desde la primaria y que parecían haber nacido con el hábito puesto. Aparte de que era nueva, había algo en su manera de ser que no calzaba. ¿Fue tu profesora en alguna clase? Crees que no. Pero a menudo la veías riendo con estudiantes en los corredores y siempre parecía estar a cargo de actividades fuera del colegio. Pensándolo bien, lo que no calzaba de la madre Rosa no era solo su manera afable de circular por la vida, era también su color de piel. La mayoría de las monjas que regían tu colegio de clase media-baja, tirando a subterránea, eran blancas o casi blancas. Varias de ellas —según los chismes que circulaban— venían de rancias familias quiteñas y pertenecían a círculos recontraconservadores. Tú misma habías acompañado alguna vez a una de estas monjas a visitar a su mamá enferma y, mientras esperabas en la sala de un apartamento muy bien ubicado, habías notado un pequeño altar con una vela gorda que iluminaba tanto al Papa Juan Pablo II como al presidente de derechas León Febres Cordero. La madre Rosa, en cambio, era morena y de rasgos aindiados, como tú y como la mayoría del cuerpo estudiantil.

Una vez en la universidad, recluiste al colegio y a las monjas a una esquina en la que su recuerdo desatendido se iba llenando de polvo, como tu guitarra, hasta que una tarde de domingo, cuando cursabas el primer o segundo año de la carrera de periodismo, al hojear una revista de actualidad te encontraste con una foto grande de la madre Rosa. No te acuerdas si llevaba el hábito gris y el crucifijo de madera, pero sí que tenía puesta una toca (si no, probablemente no la habrías reconocido). La habían fotografiado al aire libre, tal vez en las cercanías del cerro Imbabura, en una de las zonas del país donde el levantamiento indígena de 1990 se había desplegado en todo su esplendor: carreteras bloqueadas y ríos de campesinos —de a reboso y anaco, de a faja y alpargata, de a poncho y sombrero de fieltro— marchando hacia las ciudades que, en su arrogancia blanca y mestiza, jamás habrían atribuido a la población indígena tal capacidad organizativa. No podrías decir con seguridad cuál fue el rol de la madre Rosa en el levantamiento. Lo cierto es que el 28 de mayo alrededor de 200 indígenas ocuparon pacíficamente la iglesia de Santo Domingo, en el centro de Quito, y luego las protestas tuvieron al país en vilo hasta mediados de junio. Del artículo que acompañaba a la fotografía de la madre Rosa no recuerdas mucho pero, en cambio, no has podido olvidar su mirada de convicción. Estaba casi de perfil, en primer plano; sus ojos oscuros y de pestañas largas y espesas fijos en algo o alguien fuera del marco de la foto.

Qué no darías ahora por haber guardado esa revista. Peinas el internet, pero lo que buscas pertenece a un tiempo en que las publicaciones solo existían en papel. De todas maneras, averiguas que la madre Rosa no actuaba sola, que formaba parte de un grupo de monjas, curas y hasta un obispo que apoyaban el levantamiento indígena. Terratenientes, ganaderos y empresarios agrícolas no habían dudado en acusarlos de «predicar el odio de clases», sin admitir jamás que la revuelta no se originaba en los sermones de curas izquierdosos, sino en la extrema pobreza en que vivían quienes trabajaban tierras ajenas.

A la comunidad religiosa de la que formaba parte la madre Rosa, sin embargo, la habrías colocado más bien en el extremo opuesto dentro de la Iglesia. Es cierto que algunas cosas en la congregación parecen haber cambiado para bien. La búsqueda en la Red revela, por ejemplo, que tu colegio ya no es solo para niñas, sino mixto. Si alguien hubiese predicho este giro durante tus años de estudiante de secundaria, lo habrías declarado imposible en medio de risas sardónicas. Con todo y estos cambios, estás segura de que la madre Rosa no podría haberse involucrado en una revuelta que proclamaba el derecho de los indígenas a la tierra sin que la expulsaran de la congregación.

Fue en esos días del levantamiento que la Vane, una compañera de la universidad a quien apenas conocías, llegó atrasada a clase una mañana y contó que no sabía si iba a venir el resto de la semana. Se había ofrecido de voluntaria para llevar comidas a los indígenas atrincherados en la iglesia de Santo Domingo. Habría sido sencillo preguntarle cómo podías sumarte a su grupo. La idea se te cruzó por la cabeza pero la ahuyentaste enseguida. Bastó confrontarla con la realidad —o el pretexto— de que tus papás, quienes años atrás habían aprobado que hicieras trabajo voluntario para la ONG antiaborto, no iban a consentir que perdieras clase para ir a «apoyar a los indios». No llegaste a comentarles tu idea peregrina; la conversación sobre este tema nunca se dio, pero es lo que habrían respondido, estás casi segura. Es más, no te sorprendería nada si alguien te dijera ahora que, de chiquita, tú también te referías a «los indios» con ese tono desdeñoso. Creciste oyéndolo en todas partes, a veces disfrazado de diminutivo —los indiecitos, los negritos— como para edulcorar la condescendencia. Se escuchaba en el barrio, en el mercado, en el bus. En realidad, se escucha todavía. «Para ser india, la Miche es bien limpia», oíste a alguien decir no hace tanto, durante una reunión de ex compañeras de colegio. Se refería a la joven empleada doméstica que cuidaba a sus hijas. Todo un insulto envuelto en auténtica admiración.

3

A Jaime

Cierto es que solo tenías tres o cuatro años y que todo te parecía enorme entonces, pero era sábado de feria en algún pueblo en las cercanías de Quito y, de verdad, nunca habías estado en un mercado tan grandote como ese. Pasabas de la mano de tu mamá a la de la tía Bachita, mientras recorrían los puestos de verduras, de carnes, de frutas y, al final, los mejores: los de chucherías. En tu recuerdo, estaban las tres paradas frente a un quiosco en el que se vendían cinturones, billeteras, monederos y un sinfín de artesanías de cuero repujado que, a ti, te valían un cuerno. Al mirar hacia el otro lado del callejón que formaban los puestos, notaste dos bolas de plástico transparente, de un color entre amarillo y verde fosforescente, que brillaban como piedras preciosas cuando las tocaba el sol. Seguro fue en ese momento que te soltaste de la mano que te retenía y, mientras tu mamá probaba los cierres de los monederos y tu tía pedía que le mostraran una billetera de otro color, te metiste en el río de gente y emergiste del otro lado, donde te esperaban las vinchas de bola más lindas que hubieras visto en tu vida.

Había de todo para el pelo en ese puesto, desde invisibles y pasadores adornados con florecitas de tela, hasta lazos de cinta ancha y vinchas de bolas chiquitas y grandes, y de todos los colores imaginables. Aunque te distrajiste un rato, abrumada con tanta maravilla, pronto fijaste la mirada en el verdadero objeto de tu interés. Las vinchas las vendían en pares, así que no eran solo dos sino cuatro las bolas transparentes, de un color imposible de ignorar, unidas entre sí por un elástico negro, y tan grandes como chicles *agogó*. «¿Le gustan las vinchitas, niña?», te imaginas a la dueña del puesto diciéndote, al notar el arrobamiento con que las mirabas. «Esas verdes son bien populares; fíjese, ya solo me queda un par», continúa la mujer en tu imaginación. Lo más probable, en realidad, es que no te haya hecho ni caso hasta que, primero quedito y luego a gritos, empezaste a llorar.

Con la idea de pedirle a tu mamá que te comprara las vinchas había venido la reacción automática de mirar al otro lado del río de gente, hacia el quiosco de artesanías de cuero donde las habías dejado a ella y a tu tía. Pero no solo no pudiste reconocer a nadie entre los clientes inclinados sobre billeteras y

llaveros, sino que todo lo que podías ver eran puestos idénticos, uno al lado del otro, con los mismos cinturones colgando de ganchos y los mismos monederos de colores desplegados sobre mesones improvisados. Fue entonces que los ojos se te empezaron a llenar de lágrimas. ¿Dónde estaba tu mamá? Dándoles la espalda a las vinchas de bola, llorabas sin que nadie en ese gentío pareciera notarlo siquiera. ¿Era posible que tu mamá y la tía Bachita se hubieran ido? ¿Que ninguna de las dos se acordara de ti? La mera sospecha te hizo lanzar un alarido que paralizó el mercado por un segundo. Para cuando el mundo volvió a moverse, la dueña del puesto de adornos para el pelo y unos cuantos curiosos te rodeaban, te acariciaban la cabeza, te pedían que te calmaras, mientras tú tartamudeabas palabras inentendibles entre gemidos, hipos y mocos.

No lograbas calmarte, pero alguno de los comedidos alcanzó a entender que no sabías dónde estaba tu mamá, o quizá simplemente se dio cuenta de que una niña tan chica no podía haber llegado al mercado sola. Entonces, un hombre que en tu recuerdo se ve flaco y desaliñado sentenció, aunque quizá no exactamente en estas palabras: «esta niña está perdida; hay que avisarle a la policía municipal». El mismo hombre se arrodilló entonces para ponerse a tu altura y, mirándote a los ojos, te dijo: «ya no llore; vamos a buscar ahorita mismo a un amigo mío que nos va a ayudar a encontrar a su mamá». No sabes si fue lo que dijo o su mirada amable lo que, en efecto, te calmó lo suficiente como para alcanzar a preguntar: «¿Y mi tía? ¿Su amigo puede encontrar también a mi tía?»

Ahora que lo piensas, este hombre cuya apariencia crees recordar tan bien se parece demasiado a Ricci, el personaje principal de *Ladrones de bicicletas*, una de las películas que más admiras. ¡Ja! El hombre estuvo allí y logró calmarte, de eso no tienes duda, pero, quizá porque una buena parte del filme de Da Sica ocurre también en un mercado, en la película de tu recuerdo Ricci te toma de la mano para ir a buscar a un amigo suyo que, según le acaba de explicar al grupo de curiosos, está a cargo de mantener el orden en la feria. Hoy te parece mentira que te hayan dejado ir sola con un tipo desconocido, pero así fue, y para tu suerte este hombre resultó ser más bueno que el pan, como Ricci.

No sabrías decir por cuánto tiempo caminaron juntos entre la multitud, pero recuerdas que Ricci te preguntó cómo estaba vestida tu mamá, o tu tía. Seguro aún no se te había pasado el shock, porque no te acordabas de nada. A duras penas habías logrado recordar tu propio nombre unos minutos antes, interrogada por los comedidos. Así que Ricci todavía no había conseguido que le dieras ningún dato útil cuando, parando de repente, señaló a un hombre de

uniforme y sombrero azul marino que les daba la espalda, y dijo: «ahí está el Jaime». Entonces te agarró la mano como con más decisión y, esquivando a la gente que se cruzaba, caminaron hacia el hombre uniformado (ahora lo sabes) de guardia municipal. «¡Jaimeee!», le llamó Ricci cuando ya estaban cerca.

Jaime era delgado, de ojos grandes y un poquito saltones, y cuando sonrió al reconocer a Ricci notaste también un espacio entre sus dientes frontales que saltaba a la vista. Los dos amigos se habrán dado la mano, se habrán dicho que qué placer verse a los tiempos, la verdad te lo estás inventando, porque de aquel encuentro todo lo que recuerdas, lo que jamás vas a olvidar, es que Jaime era negro, y que cuando te ofreció la mano amablemente, en lugar de tomarla tú lo miraste con terror y, escondiéndote detrás de la pierna de Ricci, empezaste a llorar y a moquear otra vez.

Como si no hubieras acabado de romperle el corazón, como si tu rechazo injustificado no hubiese sido una gota suficientemente gorda como para derramar el vaso de violencias cotidianas, Jaime retiró la mano y quizá también se alejó un poco, fijando en ti una mirada serena. Y si Ricci había pensado que su misión iba a terminar una vez que encontraran a Jaime, tu reacción le obligó a cambiar de planes.

Hoy te preguntas si no habría sido posible conseguir un megáfono de esos que abundan en las ferias para llamar la atención de tus familiares, que seguro te estaban buscando desesperadamente, pero no recuerdas que lo intentaran. Más bien, habían empezado a caminar de nuevo —esta vez los tres juntos, contigo en el medio pero sin hacer contacto con Jaime— cuando Ricci le mencionó a su amigo que no te acordabas ni de qué llevaba puesto tu mamá. Entonces Jaime, para quien seguro este no era el primer caso de una menor perdida en el mercado, te preguntó sin dejar de caminar: «¿Cómo llegó aquí, niña? ¿En bus? ¿En carro?» Al fin una pregunta que sí que podías responder, porque hace rato que en tu casa no se hablaba de otra cosa: «en una Datsun nuevecita, de color tomate», dijiste, quizá sonando algo orgullosa, como tus papás, que acababan de comprar esa camioneta y nunca antes habían manejado un carro propio. Estás convencida de que fue en ese momento que Jaime sugirió darle una vuelta a las inmediaciones de la feria. Poco después, al doblar la esquina de una callejuela paralela al mercado, viste la Datsun estacionada a la izquierda. Ya no recuerdas qué pasó entonces con Jaime o Ricci. Solo te acuerdas de que te echaste a correr hacia la camioneta.

4

Estabas en el primer año de la universidad y la tarea de descubrir quién eras en este nuevo contexto te consumía totalmente. En noviembre de 1989 caía el Muro de Berlín; en diciembre, Estados Unidos invadía Panamá para bajar del poder a su exagente, el dictador Manuel Noriega; unos meses más tarde, el levantamiento de junio colocaba a las organizaciones indígenas, antes invisibles, como actores prominentes en el orden político de tu país. Pero en esos días el mundo fuera de la facultad no era para ti sino un eco, el fondo borroso contra el que vivías una especie de adolescencia tardía con tintes de crisis de identidad.

La facultad era un universo extraño, socialmente ecualizado de una manera que no reflejaba el resto de la sociedad. Hasta el año en que empezaste la universidad, no existía en Quito ninguna otra institución que ofreciera la carrera de comunicación social. La universidad pública era el único destino posible, y no requería examen de admisión. En el edificio a medio construir donde asistías a clase —el presupuesto había alcanzado para terminar la torre de aulas y oficinas, pero el auditorio era todavía un agujero negro del que sobresalían hierros y vigas de cemento— convivían las chicas plásticas, graduadas en colegios exclusivos y con aspiraciones de volverse estrellas de televisión, con jóvenes de piel morena y apellidos indígenas, venidos de pueblos perdidos en las montañas, que soñaban con ser periodistas deportivos. En el medio quedaban los estudiantes como tú, la gran mayoría, capitalinos recién graduados de colegios privados de medio pelo o de institutos públicos de prestigio, clase sánduche total.

Después de haber sido estudiante por doce años en la misma burbuja, el primer shock vino con darte cuenta de que en este nuevo espacio no eras nadie. El colegio había sido como ese bar de la serie *Cheers*, donde «todos conocen tu nombre». Durante los primeros días de la universidad, en cambio, habrías podido desaparecer sin que nadie te extrañara. En el preuniversitario y el primer año las clases casi siempre estaban abarrotadas; sucedió más de una vez que no hubo pupitres para todos los estudiantes, así que era una suerte que fuera tu papá, con su puntualidad de exmilitar, quien te llevaba siempre a la U. A los atrasados les tocaba, a veces, pasar la vergüenza de ir a buscar pupitres en las aulas vecinas. No faltó quien regresara con las manos vacías.

Desde tu posición de tercera en la fila de la ventana, mirabas cómo algunos de tus compañeros se hacían amigos compartiendo cigarrillos. A veces un mismo tabaco circulaba de mano en mano entre tres o cuatro estudiantes, mientras el profesor Reascos explicaba la dialéctica de Marx envuelto, él también, en su propia nube de humo. Era una pena que no fumaras —bueno, no todavía—; armada con cigarrillos, te habría sido más fácil iniciar conversaciones. Aunque, ahora que lo piensas, lo bueno es que no todo el mundo se hace tantos rollos como tú antes de acercarse por primera vez a otro ser humano. Una noche, a mediados del preuniversitario, mirabas distraída hacia la ventana cuando viste una estrella fugaz hilvanar el paño negro del cielo. Desapareció tan pronto que apenas te dio tiempo de voltear la cabeza hacia el resto de la clase, incapaz de pronunciar palabra, como preguntando con los ojos si alguien más había presenciado el milagro. Y sí, alguien más lo había visto, la María Cristina, una rubia de sonrisa luminosa que, sin ningún reparo por interrumpir la clase, empezó a preguntar en voz alta: «¿La vieron?, ¿la vieron?» Totalmente fuera del rol de plástica que ya le tenías asignado, al encontrar tu mirada la María Cristina se levantó de su pupitre y se lanzó hacia ti en un abrazo. Zas, en cuestión de segundos te había sumado a su ya numeroso séquito.

Todas las clases eran nocturnas durante las seis semanas del preuniversitario y, por suerte, aparte de los cigarrillos comunales y las estrellas fugaces, para facilitar la interacción entre los estudiantes nuevos estaban lo que hoy llamarías, no sin un toque de sorna, actividades extracurriculares. La coordinación del preuniversitario estaba a cargo del consejo estudiantil, integrado por alumnos de segundo año para arriba. Estos estudiantes se encargaban también de organizar, por su cuenta, guitarreadas al aire libre que empezaban una o dos horas antes del inicio de clases, en la gran terraza que servía de área comunal, y terminaban a menudo detrás de la vecina facultad de arte, con la mayoría de los participantes demasiado alcoholizados como para asistir a clases. Los músicos, casi siempre hombres, se sabían todas las canciones de Silvio, todas las de Pablito y las de Sui Generis, y aunque alguna vez —hacia el final de esos días y envalentonada por el alcohol— te atreviste a tocar un par de tus propios temas, fue también durante esas tertulias que decidiste abandonar la guitarra. Décadas más tarde, el Charly, uno de los guitarristas más serios de esa camada, te contactó: quería pedir tu autorización para usar con su grupo de rock una de esas canciones que habías tocado. No podías creer que hubiera guardado por tanto tiempo la letra y los acordes; él se sabía de memoria tu canción, mientras que tú la habías olvidado casi por completo.

Quizá porque la María Cristina llegaba a clases en su propio carro, no tienes recuerdos de verla entonada siquiera durante las guitarreadas. A lo mejor te habías tomado demasiados tacos de Trópico, o de ese feroz Norteño que sin lugar a duda honraba el nombre de aguardiente, como para darte cuenta. De lo que sí te acuerdas es de cantar juntas y a voz en cuello «Samba Landóooo, Samba Landóooo», masacrando sin querer el himno antiesclavista de Inti-Illimani. Te acuerdas también de que un día ella, tú y todos los demás farristas decidieron presentarse en clase a pesar de que muchos en el grupo estaban pasados de tragos, cagándose de risa desde las gradas y hasta llegar al aula, como si se hubiese tratado de una hazaña de lo más graciosa. Más de una vez, la María Cristina llevó a los borrachines a sus casas para asegurarse de que llegaran sanos y salvos. Hoy te preguntas si algunos de aquellos afortunados exageraban el mareo con tal de pasar un rato más con ella. No los culpas. La María Cristina no era la mujer más guapa que hubieras conocido, pero tenía esa forma de dominar el espacio, esa manera de circular sin barreras entre clases sociales que, hoy lo sabes, se vuelve una especie de instinto entre aquellos que han crecido en círculos privilegiados.

Quienes sobrevivían al preuniversitario podían escoger entre continuar los estudios en la mañana o en la noche. Esta segunda opción la tomaban generalmente los estudiantes que trabajaban durante el día. No estás segura, quizá la memoria te traiciona, pero crees que la María Cristina escogió la opción nocturna, porque no tienes recuerdo alguno de verla en las clases de la mañana. Además, es posible que no terminara ni el primer año en la facultad. No se visitaban ni se hablaban por teléfono, así que quizá fue uno de esos sábados en que todos los estudiantes de primer año asistían a clases de educación física que la María Cristina te contó que se iba a estudiar a España. ¿Hubo una despedida? No tienes idea. Lo cierto es que por lo menos durante un año le mandaste largas cartas y recibiste con gran emoción sus respuestas, que llegaban vía correo aéreo, con sellos de Sevilla. Quién sabe qué le escribías; lo que contaba para ti era que la María Cristina respondía con historias sobre la vida de estudiante por esos lares, sobre las aventuras que habrías querido vivir en su lugar.

5

Las despedidas que realmente se sintieron definitivas iban a llegar con el fin de la universidad. Primero fue la Mari, quien apenas unos días después de haber terminado el último año de la carrera salió disparada a estudiar inglés en Chicago, donde tenía familia. Nunca le has preguntado los detalles pero, como el resto de amigos de la U, diste por hecho que ese viaje fue una medida de emergencia, un último recurso que ella y sus papás habían ideado para separarla de una vez por todas del Néstor, uno de los guitarreros de la facultad, un mal amor del que tu amiga llevaba cuatro años intentando liberarse. «Receta para viajar» es el nombre que la Pau le puso a este episodio, queriendo alivianar un poco la tristeza que sentían todos, sabiendo como sabían que la estadía en Chicago no iba a ser corta —la Vane se acuerda hasta ahora de haber ayudado a empacar la ollita para derretir la cera de depilación— y que su amiga no se estaba embarcando precisamente en un viaje de placer.

Como sospechabas, regresar, regresar, la Mari no regresó. Sí que llegaba de visita a veces, durante las fiestas de fin de año, cuando sacabas vacaciones en el diario para ir a la playa con ella, tu novio el Gato, y alguna vez también con la Pau. Por lo menos dos de esos viajes los hicieron en un escarabajo verde del 58, tu primer carro, que rodaba sin problemas en el descenso de los Andes a la costa de Esmeraldas, pero siempre empezaba a toser durante la implacable subida de vuelta. Con el Volkswagen ascendiendo a paso de tortuga enferma, rodeados de una neblina que a duras penas dejaba distinguir el páramo del abismo, espantabas al miedo preguntándole a la Mari sobre su vida en Chicago. Ella te contaba cómo se las había arreglado para trabajar de vendedora en una tienda de ropa cuando a duras penas se defendía con unas frases en inglés. Y cómo, una vez que empezó a sentirse un poco más segura con la lengua, se inscribió en una universidad pequeña y aceptó el empleo de niñera con una familia rica, porque ese trabajo le garantizaba la vivienda y un horario que le permitía estudiar.

Pensar que, en Quito, la Mari vivía con sus papás como casi todos los del grupo de amigos y que, si no te equivocas, el único trabajo que había tenido era de maestra de piano para niños. A su manera, siempre callada y observando el mundo con cuidado, sacándose el aire y sin hacer alharaca, la Mari había conseguido convertir el escape apurado de la telaraña del Néstor en una oportunidad para aprender otra lengua y estudiar fuera. De la universidad

chiquita pasó a una maestría en otra más prestigiosa, y luego logró que la admitieran con beca en una *Ivy League*, ni más ni menos, para hacer el doctorado. Definitivamente, cuando fueras grande querías ser como la Mari, pensabas, cuando el escarabajo se paró de una vez en medio de la nada, en el medio de la noche, y a medio camino de vuelta a Quito. ¿De quién había sido la gran idea de volver por la vía a Mindo, siempre tan desierta? No te acuerdas si eras tú o el Gato quien iba manejando. Lo cierto es que, después de varios minutos varados en la niebla, el carro se encendió de puro milagro, y el resto del ascenso lo completaron en un silencio que no se rompió sino hasta que vieron las luces de Calacalí. A partir de allí ya todo el camino era de bajada.

Llevabas un par de años trabajando en el diario cuando también la Beli anunció que se iba. Ella había empezado la carrera de comunicación social antes que tú y, aunque durante el segundo año coincidieron en una clase, no fue allí que empezó su amistad, sino en la fila para el examen de ingreso a la facultad de letras, en otro campus. Tanto la Beli como tú eran las primeras de sus familias en ir a la universidad, y las dos habían escogido la carrera sin tener mucha idea de en qué se estaban metiendo. Tú, por ejemplo, querías ser escritora, pero esa carrera no existía (y si hubiera existido, tus papás te habrían mandado a volar a la sola mención de semejante extravagancia). Sin embargo, una cosa estaba clara para ti: para ser una escritora algún día y no morirse de hambre en el proceso, lo que había que hacer era dedicarse por lo menos por un tiempo al periodismo, como lo habían hecho Gabo o Vargas Llosa.

Así es como habías llegado a la facultad y, dos años más tarde, al encuentro inesperado con la Beli en otra universidad. Les bastó reconocerse en la fila para hacer clic. A partir del tercer año todas las clases de comunicación eran en la noche, así que las dos habían concluido, cada una por su cuenta, que iban a aprovechar las mañanas para tomar cursos de literatura en la Católica. No había manera de que lo supieras entonces (de hecho, no lo habías pensado sino hasta este preciso instante), pero estabas viviendo uno de esos momentos aparentemente inocuos que, mirados desde el futuro, se revelan como cruciales. Porque, a ver, sin esas clases que tomaste en la Cato por las puras, es muy probable que la universidad gringa donde años más tarde ibas a completar un posgrado en literatura ni siquiera considerara tu solicitud de admisión. Y bueno, si la Beli no te lo explicaba —«Tú quieres estudiar, ellos no te cobran a cambio de que enseñes español»— quizá ni te habrías enterado de que una universidad así podía tener interés en alguien con tu perfil.

Comparados con la Beli, tú y tu grupo de amigos de la facultad eran todos unos mimados, la verdad. Su mamá la había criado sola a ella y a su hermano menor, explotada en todo tipo de trabajos de mala paga y siempre al borde de la pobreza. Apenas terminado el colegio, el hermano se había ido a buscar la vida en California, donde tenían una tía. La Beli, en cambio, se había quedado a cargo de su mamá, quien debido a una discapacidad no podía ya trabajar ni vivir sola. Así que cuando la conociste, en la facultad, ella se las arreglaba para estudiar y, con el empleo de asistente en una editorial, mantenerse a sí misma y a su mamá. Era por eso que a menudo llegaba agitada a clase —de a pelo recogido, tacos y falda tubo— y luego se esfumaba, tan apurada como había llegado. La Beli no tenía tiempo para socializar, pues, pero eso no lo sabrías sino hasta que se encontraron en la Cato. Al poco tiempo de empezar las clases, la Beli y su mamá se mudaron a un departamento chiquito en el barrio, así que cada mañana ella caminaba a tu casa y, poco a poco, se fueron haciendo amigas mientras tu papá les daba un aventón a la universidad.

Ni la Beli ni tú iban a completar la licenciatura en la Cato, pero todo bien porque ese nunca fue el plan. Las clases de literatura llenaban un vacío que, en el caso de la Beli, había surgido en el proceso de conversar con los autores que circulaban por la editorial, de diseñar sus libros y ayudar en los eventos de promoción. La Beli era pilas y tenía un hambre de aprender que hasta hoy parece no encontrar fondo; su espontaneidad, te imaginas ahora, debe haber resultado encantadora en ese mundo de calculadores sabelotodos a los que, por su parte, ella veneraba. Alguna vez había pasado por la editorial un catedrático de una universidad gringa que le había hablado de la posibilidad de hacer un posgrado con una beca de *teaching assistant* de español. Fue ese el recurso que, años más tarde —ya cuando cursaba la maestría y se había llevado a su mamá a Maryland— ella iba a deletrear para ti.

Cuando se fue, sin embargo, la Beli solo tenía claro que se iba a encontrar con su hermano, quien para entonces había legalizado su situación en Estados Unidos. Estaba nerviosa el día de su cita para sacar la visa de turista, porque en el consulado gringo siempre piden estados de cuentas bancarias, títulos de propiedad y cosas así, como prueba de que demasiados intereses te atan a tu país como para querer quedarte en el paraíso. La Beli no tenía propiedad alguna ni mucha plata que se dijera en la cuenta de banco, pero te acuerdas como si fuera hoy de que ese mismo día te contó, emocionada, lo fácil que había sido la entrevista. Había llevado unos cuantos libros y revistas como muestra del tipo de trabajo que hacía en la editorial. También la había acompañado —y esto no lo consideraron ni tú ni ella en ese momento— su

tez clara, casi blanca, más efectiva que cualquier amuleto. El cónsul hojeó las revistas, le hizo unas cuantas preguntas sobre su trabajo, y con una sonrisa le dijo que se iba a quedar con su pasaporte porque tomaba un par de días agregar la visa.

Antes de irse la Beli había insistido una y mil veces en que tenías que visitarla. La Mari también, siempre te invitaba. Así que un día cualquiera decidiste llenar la solicitud de visa gringa y, recordando la experiencia de la Beli, reuniste en una carpeta los originales de algunos artículos firmados que habías publicado en el diario. Aunque tu magro salario no lo reflejaba, para entonces habías ascendido a la posición de coeditora de publicaciones de fin de semana y, tomando en cuenta que no ibas a gastar en alojamiento, tenías ahorros suficientes para visitar a las amigas en la Yoni.

De todas maneras, era difícil no contagiarse de la ansiedad que vibraba en la sala de espera del consulado gringo. Tu número salió en la pantalla de los turnos y caminaste hacia una de varias ventanillas. Desde detrás del vidrio grueso, probablemente antibalas, el cónsul escuchó por una ventolera tu explicación sobre un viaje para visitar a amistades. Por supuesto, te aseguraste de mencionar tu posición de periodista en el diario, pero su reacción no fue pedirte que le hablaras más de tu trabajo o que le mostraras tus artículos, no. Lo que él quería ver era el balance en tu libreta del banco. Cuando se la pasaste por la rendija bajo el vidrio blindado, el cónsul la miró impávido. «¿Tiene alguna propiedad?», preguntó entonces, y supiste en un instante que tus ahorros no habían pasado el examen. «Sí, tengo un carro», respondiste, mientras buscabas la matrícula del escarabajo en la cartera. Apenas se la habías pasado cuando el cónsul soltó una risita: «¡Pero si este vehículo le dobla la edad!», dijo. Poco después ponía un sello en tu pasaporte y te lo devolvía por la rendija.

6

El primer fin de semana de septiembre había sido inusualmente violento en Quito. La edición del martes 5 del diario reportó el asesinato de cuatro personas durante un festival de música afroecuatoriana. Estas muertes y varios heridos eran, de acuerdo con la nota del diario, el saldo de dos incidentes separados. Francamente, sorprendía que el número de víctimas no hubiera sido mayor. En el primer incidente un niño y un adulto habían sido asesinados en una parada de bus, en medio de una disputa callejera. El segundo crimen, en cambio, lo protagonizó un tipo que había esperado hasta que terminara el festival para bajarse de su carro y dispararle a la multitud con una metralleta. Así que aquella semana, durante la reunión de los miércoles temprano, que era cuando decidían qué temas iban a desarrollar, tu jefe y tú coincidieron en que la balacera del festival ameritaba más atención.

Lo bueno de escribir para las ediciones de fin de semana era que había la posibilidad de investigar y profundizar en noticias que, a menudo, solo alcanzaban a recibir un trato somero durante la semana. Lo malo era que, por lo general, el tema a desarrollar variaba dramáticamente: hoy podías estar reporteando con economistas y ministros sobre la devaluación del sucre, pero ni bien se había publicado ese artículo ya te encontrabas leyendo desaforadamente sobre iniciativas de reorganización del tráfico urbano, o sobre por qué hasta el presidente de Colombia había admitido que no se perdía ni un episodio de la telenovela *Café*. De manera que para la edición de ese finde, tras conseguir los números de teléfono clave con los compañeros que cubrían policial, te iba a tocar entrevistar a altos mandos de la institución.

No recuerdas exactamente cómo empezó la conversación con el coronel a cargo de la Oficina de Investigación del Delito (OID), pero en algún momento quedó claro que los cuatro muertos, así como la mayoría de heridos en la balacera del fin de semana anterior, eran afroecuatorianos. Que alguien ametrallara a una multitud en plena plaza pública era algo que no se había visto antes en Quito, así que la pregunta de rigor era qué estaba detrás, de acuerdo con los investigadores a cargo del caso, de este tipo de violencia. «Esta migración de negros que ha atacado la ciudad», se quejó el coronel ante tu grabadora encendida sobre su escritorio, y no tuvo mucho más que ofrecer a manera de explicación.

En camino a la segunda entrevista, esta vez con el comandante del Regimiento Quito, no podías sacarte de la cabeza la frase del jefe de la OID. Ibas a tener que mencionarla en la conversación con este otro coronel, darle la oportunidad de que rechazara la posición de su colega y de que se disculpara en nombre de la institución. La verdad, no te acuerdas si hubo tiempo de intentarlo siquiera porque, como si se hubieran puesto de acuerdo, el segundo coronel tomó la posta donde el otro la había dejado y te explicó *on the record* que «Hay un tipo de raza que es proclive a la delincuencia, a cometer actos atroces...». Por supuesto, no recuerdas todo esto palabra por palabra. Es más, si puedes citar a los coroneles es porque hace unos años, buscando información sobre diversidad racial en el Ecuador para una clase, te topaste con un ensayo de un antropólogo que, entre otras fuentes, menciona el artículo que resultó de las entrevistas. Esa raza de indecibles inclinaciones era, según el comandante, «la raza *morena*». Se había cuidado de optar por un eufemismo y no decir «la raza negra», no fuera a ser que lo tildaran de racista.

Para entonces habían pasado poco más de tres años desde que empezaste a trabajar en el diario, pero era como si aquel primer día de pasante en la sección *Ciudad* hubiera ocurrido en otra vida. ¿Te acuerdas? Sentiste que se te juntaba el cielo con la tierra cuando tu jefa te pidió que llamaras al municipio para pedir información sobre cortes de agua potable. ¿Quién eras tú para exigir esos datos? ¿Era normal que el hacer una pinche llamada te pusiera tan nerviosa? ¿Quizá este trabajo no era para ti después de todo? Pero al escuchar a los periodistas más fogueados reportear desde sus cubículos, te habías dado cuenta de que los de la oficina de prensa no tenían por qué enterarse de que la mujer al otro lado del teléfono era solo una tímida estudiante de tercer año de comunicación social.

Aprendiste pronto a poner el diario por delante: «Buenos días, mi nombre es fulana y le estoy llamando del diario tal…». A la sola mención de tu empleador, las puertas de las instituciones tendían a abrirse como por arte de magia, pero rara era la ocasión en que quienes las abrían te dejaran echar un ojo siquiera a lo que realmente sucedía dentro. Las declaraciones de los funcionarios casi nunca se desviaban del libreto y dejaban, sin fallar, el gustillo a boletín de prensa. Unos pocos años en el diario habían sido suficientes para notar que solo los desesperados, los que sienten que no tienen ya nada que perder, dicen delante de un micrófono lo que en verdad están pensando. Por eso, las palabras de los jefes de policía te habían dejado de una pieza.

Una vez en la redacción, escuchaste las grabaciones una y otra vez. ¿Era posible que los coroneles hubieran dicho lo que dijeron con la expectativa de que te lo tomaras como un comentario superfluo, como una broma de mal gusto? No, porque las acusaciones lanzadas contra la minoría negra eran la única «hipótesis» que habían ofrecido para explicar la violencia del fin de semana anterior. La noticia, pues, se había desplazado de los detalles de una balacera hacia la ingenua transparencia con la que los jefes de policía habían desnudado los prejuicios raciales que teñían su labor. Los coroneles no solo parecían convencidos de que su interpretación de los hechos respondía a una realidad irrefutable de inferioridad racial. Partían de un racismo tan naturalizado en el país que sus declaraciones —mil veces ensayadas en la caja de resonancia de la institución— les habrán sonado a palabras inocuas, a secreto a voces, a puro sentido común.

El editor de turno te dio el visto bueno y el artículo apareció el sábado 9, con el título «¿La culpa es de los negros?». La verdad es que te preocupaba la posible reacción de la policía pero, bueno, también tenías las grabaciones. Las primeras cartas de protesta que llegaron al diario, sin embargo, no venían de los coroneles, sino de organizaciones afroecuatorianas ligadas con los derechos humanos, la iglesia católica y las artes. Algunos líderes negros hablaban del «racismo solapado» que habían sentido toda su vida en los buses, en el colegio, en la calle; de cómo, cuando trataban de rentar un apartamento, por ejemplo, los dueños les decían que ya estaba arrendado porque no querían a negros como inquilinos. Otros, como los jóvenes miembros de una agrupación de danza, increpaban los prejuicios racistas de los jefes de policía y exigían que «no traten de esconder la incompetencia o la impotencia del estado y sus instituciones detrás de los negros, los indígenas, los pobres y los diferentes». Solo cuando publicaste estas reacciones y testimonios llegó el coletazo de la policía.

Vino en forma de una carta del comandante general de la policía nacional que el diario publicó el domingo 24. El comandante, quien jamás pidió acceso a las entrevistas grabadas, te acusó de haber distorsionado las declaraciones de sus subordinados. De acuerdo con su carta, los coroneles simplemente habían explicado que «un porcentaje de delincuentes nacionales, influenciados por delincuentes de países vecinos, son hombres negros que cometen crímenes con armas de fuego». Si esto había ofendido a «un respetable grupo de ecuatorianos», pues el comandante se disculpaba en nombre suyo y de la institución.

De paso, como quien no quiere la cosa, la carta insinuaba también que la rabia ciudadana debía más bien dirigirse hacia los extranjeros. Por aquellos días, en el Ecuador había una fuerte presencia de refugiados colombianos, expulsados de su país por una guerra civil que ya entonces se extendía por cuatro décadas. Ellos eran los «delincuentes de otros países» a los que se refería el comandante. Quizá aquella fue la primera vez que identificaste esta estrategia, una versión de chivo expiatorio probablemente tan vieja como el estado-nación. Desde aquel día la has visto repetirse como disco rayado por donde quiera que has puesto pie, sobre todo si el influjo extranjero en cuestión viene de «*shithole countries*», como diría Donald Trump. Es decir, migrantes o refugiados pobres y de piel oscura.

No se te permitió defenderte contra las acusaciones del comandante. El alto mando habrá tenido su conversación privada con los *big shots* del diario, por supuesto. Aunque la carta publicada estaba llena de incriminaciones sin pruebas, para tus jefes lo que contaba es que el comandante se había disculpado públicamente. No valía la pena seguir agitando las aguas, te dijeron. Y a ti no te quedó otra que aceptarlo: no eras nadie después de todo. ¿Te imaginas si las redes sociales hubieran existido en ese entonces? La que se habría armado.

Con octubre volvieron para ti los saltos semanales de un tema a otro, entre ellos los preparativos para la elección de Miss Ecuador, programada para el mes siguiente. No tenías idea de que, lo que normalmente habría sido una cobertura de cajón, se iba a convertir en una de las noticias más importantes del año. El 9 de noviembre de 1995, en el Teatro Bolívar de Quito, el jurado le otorgó el primer lugar a Mónica Chalá, una quiteña de 22 años, modelo, atleta de élite y, a partir de esa noche, la primera Miss Ecuador negra en la historia del país.

A pesar de lo ocurrido un par de meses atrás con los jefes de policía, las múltiples manifestaciones de desacuerdo que siguieron a la elección no dejaron de sorprenderte. Un grupo de mujeres protestó en las calles de Quito porque consideraban que la flamante *Miss* no representaba la belleza ecuatoriana; a una miembro del jurado la amenazaron con ponerle una bomba en el carro; a oídos de Mónica llegó el comentario de que, por ser ella quien iba a representar al país en Miss Universo, a muchos les preocupaba que el resto del mundo fuera a pensar que la población del Ecuador es negra.

7

El Gato y tú se casaron en diciembre. Apenas unos meses más tarde, la oportunidad de ver el otro lado del muro en el aeropuerto internacional se presentó, finalmente. Una de las empresas productoras de ron más grandes del Ecuador iba a lanzar su marca en Estados Unidos, así que al diario había llegado una invitación para integrar la comitiva de periodistas que iba a acompañar los eventos de lanzamiento. Poco a poco este tipo de «invitaciones» pasarían a ser mal vistas —y con razón— en el ámbito periodístico: después de todo, si una empresa llevaba a uno o más periodistas a donde fuera, con todos los gastos pagados, ¿qué posibilidad quedaba, realmente, de que estos periodistas produjeran notas que no fueran publicidad disfrazada de información? Pero entonces estos viajes eran el pan de cada día y, cuando las invitaciones no venían con nombre y apellido, el diario las manejaba como incentivos o premios para empleados a los que quería retener.

Así que cuando tu jefe te informó que habían decidido enviarte a «cubrir» el lanzamiento del ron ecuatoriano en Miami y Nueva York, el corazón te dio un vuelco por más de una razón. Había llegado tu hora, por fin, pero cuando te disponías a dar saltitos de celebración, el recuerdo repentino de un sello de visa denegada en la última página de tu pasaporte te ensombreció el ánimo. A la humillación que habías sentido en el consulado gringo se sumaba ahora la vergüenza de tener que decirle a tu jefe que había un pequeño problema. El maldito sello te quemaba como un estigma en la frente. ¿Por qué diablos se te había ocurrido ir a sacar esa visa cuando no tenías ningún viaje planeado? Ahora que sí había un viaje concreto en el horizonte, ¿la visa denegada iba a arruinarlo todo? Tu jefe te dijo, simplemente, que no creía que fuera a haber ningún problema y que trajeras tu pasaporte el día siguiente. Fue así como el diario se encargó de que el consulado gringo te diera una visa de turista. Esta vez no hubo fila, ni la larga espera en una sala repleta de solicitantes angustiados; tampoco fue necesario reunir documentos para probar tu solvencia económica, ni hubo que someterse al interrogatorio de un cónsul que te mirara con sospecha desde detrás de un vidrio antibalas. Nada, nada de nada. No habría pasado una semana cuando tu pasaporte, ahora provisto de la visa gringa, apareció en un sobre de manila, mezclado con toda la demás correspondencia que te había llegado ese día a la redacción.

Al regresar del viaje le contarías al Gato, a la familia y a todos los panas cómo casi habías vomitado durante el primer almuerzo de grupo en el Hotel Biltmore, en Coral Gables, cuando al echarle un mordisco a una papita dorada te diste cuenta de que no era una papa sino un ajo enorme. Justo antes o después de ese almuerzo, para colmo, habías estado a punto de quemarte con un chorro de agua hirviente y de inundar tu habitación, pues al parecer se necesitaba un manual para aprender a manejar la llave de la ducha y la bañera. Habías dejado el Biltmore después de un par de días, sin llegar a descubrir cuál de las múltiples maniobras que habías empleado controlaba realmente el paso o la temperatura del agua. Por alguna razón, estas escenas de *slapstick comedy* y el momento de llegada al imponente hotel son los únicos recuerdos que te quedan de Miami. Sí, hubo una gala para presentar el ron ecuatoriano, y hasta ahora te preguntas qué te pusiste para la ocasión, porque entre tus recuerdos de ese viaje parece no haber quedado espacio sino para Nueva York... y Chicago.

En Manhattan los hospedaron en un hotel chiquito frente al Central Park; la ventana de tu habitación, sin embargo, tenía una vista envidiable de las escaleras interiores de emergencia. Ni bien te habías desecho de las maletas cuando ya estabas cruzando la calle hacia el parque. Allí, tras comprar un *hot dog* en el primer quiosco que apareció, te sentaste en una banca frente a un estanque con patos, como tantos personajes de las pelis. Hoy calculas que se trataba del lago artificial que queda a la altura de 59th Street, en el extremo sur del parque.

Esa misma noche, una van se presentó en el hotel para llevar al grupo de periodistas al sitio donde se iba a celebrar el lanzamiento oficial del ron ecuatoriano en Nueva York. Los que ya conocían la ciudad notaron que acababan de cruzar el East River y concluyeron que estaban por llegar a Queens. A ti las direcciones incluidas en el itinerario del viaje no te habían dicho gran cosa, pero te sonó este último nombre, porque ya en ese entonces en el Ecuador se decía que la tercera ciudad ecuatoriana en términos de población no era Cuenca, sino Queens.

Te habías imaginado que iban a llegar a algún salón enorme, lujoso y oscuro, quizá porque algo de esto había tenido la experiencia en Miami. Pero no. Era verano, así que el sol no se había escondido todavía cuando se estacionaron frente a un restaurante como cualquier otro, en una calle súper transitada, algo sucia y llena de negocios que, hoy apostarías, debe haber sido Roosevelt Avenue. Al caminar hacia el par de mesas reservadas para la prensa, ubicadas

junto a un pequeño escenario improvisado, al fondo del restaurante, notaste trajes oscuros, vestidos de noche largos y bolsos de mano de lentejuelas que te parecieron todos fuera de lugar en un ambiente que, con su piso de baldosa y mesas de metal y fórmica, te recordaba más bien a una fonda de comida típica en Machachi. Sí, era como una fonda gigantesca en la que, con motivo de la ocasión tan especial, los manteles de vinilo y las flores de plástico habían sido temporalmente reemplazados por mantelería blanca y rosas de verdad, probablemente venidas del Ecuador, como casi todos los asistentes.

Al principio pensaste que alguien en mercadeo había metido la pata al escoger ese local. Sin embargo, conforme pasaba la noche, entre discursos de emprendedores y líderes comunitarios que apelaban en español al orgullo ecuatoriano, y que se iban poniendo más afiebrados conforme más alcohol se consumía, empezaste a entender que el lanzamiento del ron en Nueva York no podía haberse dado sino allí, en esa fonda disfrazada de salón de eventos, porque, estabas segura, cualquier ecuatoriano que viviera en Queens —y quizá en cualquier otra parte del estado— conocía o por lo menos había oído hablar de este lugar que te trasladaba de un tirón a tu tierra. La empresa que te había llevado hasta allí no pretendía venderle su ron a los gringos, qué va. Donde tenían puesta la mira era en los cientos de miles de migrantes ecuatorianos asentados en Nueva York.

En tales especulaciones te hallabas cuando del sistema de sonido empezaron a emanar las notas de una melodía que conocías de memoria. No, no era el himno nacional, pero casi. En la precaria tarima que fungía de escenario, un imitador cantaba a todo pulmón: «Perdóoooooname, perdóoooooname, perdóoooooname / si hay algo que quiero eres túuuuuu...». Como para enfatizar el efecto realista, el cantante se había dejado el pelo un poco largo, a lo *Bee Gees*, aunque no hacía falta alguna para identificarlo automáticamente con Camilo Sesto, uno de esos baladistas románticos que —como El Puma, José José, Roberto Carlos o Rafael— se habían vuelto populares en los años setenta y eran la adoración de tu mamá. En el Ecuador el hit *Perdóname* había pasado de moda hace fuuuu; no lo escuchabas, para ser exacta, desde que eras chiquita. Pero, al parecer, en este vórtice ecuatoriano en Queens el tiempo se había congelado, el tiempo musical por lo menos.

Observaste a los presentes perderse en la música, que marcaba como un reloj la década en que habían migrado, el momento exacto en que su tiempo en el Ecuador se había detenido para que empezara otro, el de Nueva York. ¿Llegaste a escribir sobre esto al regresar? No te acuerdas; quizá no. De lo que

sí te acuerdas es de haber contemplado esta escena con curiosidad y algo de ternura, casi con pena. Lo irónico es que, como dicen en inglés, *the joke is on you*. Porque ahora, si alguien escarbara en las *playlists* guardadas en tu computadora, o si observara los temas que escoges en la rocola digital del bar que frecuentas con tus amigos latinoamericanos, encontraría que cuando se trata de música en español tú también estás varada en el milenio pasado: en Soda Stereo, Los Prisioneros, Fito Páez, los Aterciopelados y la Shakira de los noventa, la que tenía pelo negro, para ser exacta. Allí se paró tu reloj. Y, con lo fácil que es ahora escuchar en internet música actual de cualquier esquina del mundo y bajarse todas las canciones que una quiera, no cabe otra explicación para esta parálisis musical que un deseo de quedarte allí, o más bien de volver allí. Una urgencia de habitar a través de *El baile de los que sobran* o *Florecita rockera* ese tiempo en el que añorabas viajar y vivir en otras tierras sin saber bien por qué; ese tiempo en el que ni siquiera se te había cruzado por la cabeza que, a veces, un viaje se te puede ir de las manos y terminar convirtiéndose en ausencia permanente.

8

Entre Miami y Nueva York, el viaje de trabajo duró unos cinco días. En el lobby del hotel, tus colegas periodistas y un par de ejecutivos de mercadeo esperaban la misma van que los había llevado a Queens dos noches atrás, esta vez para que los trasladara al aeropuerto. Era claro que para el resto de la comitiva esta había sido una visita más a Estados Unidos; de hecho, nadie aparte de ti había sacado vacaciones ni cambiado la fecha del vuelo de regreso para dos semanas más tarde. Así que, aunque todos te decían que «qué envidia», te despediste del grupo algo cohibida, y saliste del lobby en jeans y camiseta, con las ropas formales que habías usado los días anteriores embutidas sin cuidado en una mochila. El malestar, sin embargo, se fue diluyendo conforme te alejabas de ese hotel frente al Central Park y, con él, de la burbuja en que te habían llevado y traído por casi una semana. Una sensación de independencia iba tomando su lugar, mientras consultabas el mapa y caminabas sola en Manhattan por primera vez.

Unos días más tarde, la Mari te recibía en su cuarto, pequeño pero impecable, habilitado en el sótano de una casa grande ubicada en Evanston, un suburbio de Chicago lleno de gente de plata. Por varios años ya, la Mari trabajaba como *au pair* para los Beckman, la familia que habitaba los pisos superiores. El padre y la madre eran médicos y sus horarios de trabajo eran complicados, así que la Mari tenía asignado su propio todoterreno para hacerles de chofer a los dos niños de la familia, cuyos horarios repletos de actividades extracurriculares competían con los de sus papás en nivel de complejidad. La noche de tu llegada, la Mari te presentó a los Beckman, y con un inglés patojo alcanzaste a agradecerles por su hospitalidad. Estabas, la verdad, todavía un poco incrédula de que permitieran que una desconocida se quedara en su casa por toda una semana. Pero, ahora que tú también tienes una hija en edad escolar, ahora que tú y tu marido hacen malabares para negociar el cuidado de la niña con empleos a tiempo completo, entiendes que los Beckman, aparte de ser buena onda, no eran pendejos: sabían muy bien de qué madera estaba hecha la Mari y habrían aceptado casi cualquier favor que les pidiera, porque se habían sacado la lotería al encontrarla y no la querían perder.

Cuando no estaba ocupada con los niños, la Mari usaba casi todo el tiempo que le quedaba libre para asistir a la universidad y hacer tareas. Como era verano, sin embargo, ella y los niños estaban de vacaciones. Si mal no

recuerdas, un par de veces la Mari tuvo casi todo el día libre y aprovecharon para irse a Chicago en el tren, armadas con los *snacks* que los Beckman habían sugerido que tomaran de la alacena, para que no tuvieran que gastar mucho en comida. La noche anterior a la primera de esas excursiones, después de ver tele en el «área de entretenimiento» de la casa, bajaron al sótano juntas y, en lugar de dirigirse hacia su cuarto como de costumbre, la Mari abrió una puerta vecina que, hasta ese momento, ni siquiera habías notado. Es posible que tu memoria esté exagerando las cosas, pero en tu recuerdo la puerta abierta revela un cuarto repleto de comida. Enlatados, paquetes de pasta y otros alimentos secos, cajas de galletas y barras de proteína, botellas de jugos y sodas poblaban, en perfecto orden, estanterías que se alargaban desde el suelo hasta el techo. No te cabe duda de que alacenas así de grandes eran entonces y son hoy algo común entre las clases privilegiadas de tu país, pero tú nunca habías visto algo semejante.

Tampoco habías visto, como lo harías al día siguiente desde el tren de vuelta de Chicago, refrigeradoras, microondas y otros electrodomésticos colocados en la acera el día de recolección de la basura. «Pero, si se ven nuevos», le comentaste incrédula a la Mari. «Así es aquí», te dijo ella, y te contó que algún detalle de su cuarto que te había gustado mucho —¿era una lámpara, quizá?— lo había recogido, precisamente, de la vereda. Años más tarde, cuando llevaras ya un largo tiempo viviendo en Estados Unidos, también para ti se iba a volver normal ponerle atención a lo que los vecinos descartaban. Fue así como un día de verano te topaste con una mesa de roble pequeña y con signos de avanzada edad, pero también maciza y, vista con buenos ojos, hasta medio chic. Estabas como a una cuadra de tu edificio y, quizá porque eran horas de almuerzo, no había en la calle ningún comedido a quien pudieras pedirle ayuda. Tampoco podías correr de vuelta a tu apartamento y regresar con refuerzos, porque estabas segura de que si dejabas la mesa sola unos minutos algún otro estudiante pobrete se la iba a llevar. Así que, sudando la gota gruesa y parando cada cuatro o cinco pasos, cargaste el pesado mueble hasta llegar a puerto. Pensar que han pasado casi dos décadas desde aquel hallazgo. La mesa con potencial habría de viajar contigo de Maryland a Nueva York y, aunque hubo un tiempo en que sirvió como mesa de comedor, hace mucho ya que funge de escritorio. Es más, es el escritorio en el que escribes estas líneas.

Pero, volviendo a Evanston, los Beckman eran tan *cool* que tampoco se hacían lío si la Mari usaba su tiempo libre para ganarse un dinerito extra, así que un día la acompañaste a la casa de Celeste, donde cuidaba a una bebé dos o tres veces por semana. Por alguna razón no convenía que te quedaras esa tarde sola

donde los Beckman, o quizá estaban la Mari y tú tan acostumbradas a la apertura de esa familia que no esperaban menos de nadie. Lo cierto es que apenas Celeste abrió la puerta de su mansión, la azul mirada que posó en ti volvió evidente que había sido una mala idea acompañar a la Mari. «¿Y esta quién es?», pareció decir, con algo de desdén y sin necesidad de abrir la boca. Definitivamente, no le gustó nada el ver llegar a la niñera, tan blanca que era fácil olvidar su origen latinoamericano, con una amiga mestiza a la que el sol de julio le había tornado la piel todavía más morena que de costumbre.

Supones que hubo las presentaciones de rigor, pero en realidad no recuerdas mucho más de ese primer contacto. Sabías, porque la Mari te lo había contado en el camino, que Celeste era ama de casa y que su marido tenía un empleo en el que, al parecer, hacía mucho dinero. Cuando la Mari podía cuidar a la bebé, la única hija de esta joven familia, Celeste aprovechaba para ir al gimnasio, empeñada como estaba en deshacerse del peso extra que le había dejado el embarazo. Libras demás o no, era una mujer guapa, alta y de pelo largo y rubio. O, por lo menos, así la recuerdas tú. Antes de salir para el gimnasio, Celeste llamó a la Mari para hablarle en privado. No te acuerdas dónde te quedaste mientras tanto. ¿Tal vez en la cocina? En todo caso, desde donde te encontrabas era todavía posible notar que la mujer le estaba hablando a tu amiga con un tono enérgico. También, a pesar de que tu inglés dejaba mucho que desear, alcanzaste a entender dos que tres palabras —*baby, touch, don't*— que se repitieron más de una vez. No hizo falta mucho esfuerzo para entender lo que estaba pasando: Celeste le estaba advirtiendo a la Mari que la amiga que había traído no debía tocar a su bebé bajo ninguna circunstancia.

Habrías querido salir de la cocina (quedemos en que era allí donde te encontrabas) y confrontar a esa mujer con aplomo pero, qué va, no te daba el inglés. Además, ya le habías causado suficientes problemas a la Mari con tu sola presencia. Así que cuando finalmente se cerró la puerta principal de la casa y sentiste los pasos vacilantes de tu amiga, que regresaba hacia donde te había dejado, te tragaste las lágrimas que amenazaban con brotar en cualquier momento. Imposible recordar exactamente lo que se dijeron entonces la Mari y tú, pero crees que, más o menos, la conversación fue así:

— ¿Todo bien?
— Sí, la Celeste solo quería darme unas instrucciones.
— Ah, bueno... ¿Dónde queda el baño, Mari?

El resto de la tarde, te aseguraste de no acercarte siquiera a la bebé de la tal Celeste.

9

Es la mitad de la noche y el bus ha parado en lo que —calculas, todavía medio dormida— debe ser un retén fronterizo. Tornas la mirada hacia tu compañera de viaje, la mamá de Lidija, quien desde su asiento de ventana contempla por unos segundos lo que sucede afuera y luego se vuelve hacia ti, hablándote en serbio. Pero ni tú hablas esa lengua ni ella conoce otra. Igual, no te da tiempo de decir nada porque, en ese mismo momento, se abre la puerta del bus y dos hombres jóvenes vestidos de uniforme emergen de la escalerilla y se dirigen a los pasajeros (en serbio también, supones). Entonces, la mamá de Lidija te toca el brazo para reclamar tu atención, abre su bolso de mano y, tras rebuscar un poco, encuentra su pasaporte. Lo pone frente a tus ojos y, con los suyos, señala tu mochila.

Es abril de 1999. No ha pasado ni un año desde que juntaste las tres cartas de recomendación requeridas, los resultados del examen de inglés que habías aprobado con las justas, la matrícula de las clases de lengua que tomabas cada mañana en la Alianza Francesa y, sobre todo, varias muestras de tu trabajo como editora internacional. Años antes habías notado, pegada con una tachuela en el tablón de anuncios de la redacción, la convocatoria de la *Fondation Journalistes en Europe* para su programa anual de pasantías en París. La beca requería por lo menos cuatro años de experiencia profesional y trabajo periodístico sobre temas internacionales y asuntos europeos. Recién llegada al diario, en el momento en que viste el anuncio por primera vez no estabas cerca siquiera de reunir las condiciones necesarias. Sin embargo, cuando la convocatoria para el ciclo 1998-1999 apareció en tu buzón la historia era diferente.

Casi no pronunciaste palabra durante la primera semana en París. La mitad de los treinta becarios de tu promoción eran europeos y hablaban inglés o francés —las lenguas oficiales del programa— sin mayor dificultad. Lo mismo ocurría con casi todos los periodistas africanos o asiáticos, venidos en su mayoría de excolonias de Francia o Inglaterra. Latinoamericanos solo había dos: un colega brasileño y tú. Entendías casi todo, pero era la primera vez que realmente tenías que batirte en otra lengua y el temor a hacer el ridículo te paralizaba a la hora de hablar, así que lo más seguro era refugiarte en monosílabos o expresiones sencillas: *yes, non, ça va, of course*. Una mañana coincidiste en el ascensor con una compañera europea que, seguramente sin otra intención que romper el hielo, te dijo —en inglés y con algo de conmiseración en la mirada

— que estar en París debía ser «*so extremely different*» de la vida en tu país. «*A bit*», respondiste, sin atinar a entender todavía por qué su comentario te había caído como patada al hígado. Para cuando llegaron al nivel de la Rue du Faubourg Montmartre y cada una tomó por su lado, habías decidido que era hora de dejarte de pendejadas y empezar a hablar.

Todavía de mal genio, caminaste hacia Les Halles, más irritada que de costumbre por tener que esquivar a cada paso las innumerables cacas de perro que, sin falta, florecían en la acera. Allí estabas finalmente, ¡habías llegado a *Las Europas*!

Las Europas, así es como llamas hasta hoy a esta región del mundo cuando estás entre amigos: es tu forma de ironizar, precisamente, la ignorancia e ingenuidad que la colega del ascensor te había asignado sin decirlo de frente y sin siquiera conocerte, con tu origen latinoamericano, tu timidez y tu *look* de mestiza purita por toda base.

Las Europas, donde cada día viajabas en el tren de cercanías que te llevaba de Les Halles a la Cité Universitaire rodeada, para tu sorpresa, de mucha gente de color como tú. Casi todos los estudiantes internacionales se bajaban en la estación de la Cité U, la última dentro del perímetro urbano, desde donde veías al tren alejarse hacia la *banlieue*, las afueras, donde no recuerdas haber puesto un pie en ocho meses porque, como casi todo aquel que llega a París con ciertos recursos, andabas encandilada con los bulevares, el Louvre, los jardines de Luxemburgo, las tiendas del Marais. De las afueras y sus barriadas pobres de inmigrantes no ibas a entender mayor cosa sino hasta que, ya de regreso en Quito, viste en el cable *La Haine*, de Mathieu Kassovitz: Vinz, Said y Hubert, los protagonistas, son técnicamente tres jóvenes parisinos, pero si el filme deja algo en claro es que fuera de la *banlieue* y en la París que conociste no hay lugar para ellos.

Un océano de privilegio separa, pues, tu experiencia en París de la de la mayoría de inmigrantes o refugiados recién llegados a naciones industrializadas del Norte Global; ese privilegio te separa incluso de la experiencia de sus hijos nacidos y crecidos allí, como lo muestra *La Haine o,* más recientemente*, Les Misérables,* de Ladj Ly. Y, sin embargo, la urgencia que impulsa a aquellos migrantes a arriesgar la vida misma con tal de llegar —ahogada en el Mediterráneo; chamuscada en el desierto de la frontera entre México y Estados Unidos; enganchada en el alambre de púas de las altísimas vallas que separan a los territorios españoles de Ceuta y Melilla del resto de África del Norte— no

está del todo desconectada de tu ansia juvenil de viajar a Las Europas, ni de la decisión de quedarte, más tarde, en Estados Unidos.

Stuart Hall diría que detrás de esta conexión yace una paradoja. Según Hall, un jamaiquino que una vez asentado en Inglaterra se convertiría en uno de los padres de los estudios culturales, los procesos de descolonización de la segunda mitad del siglo XX trajeron consigo esa paradoja, y con ella las migraciones laborales a nivel global: cuando finalmente los poderes coloniales como Gran Bretaña se convencieron de que había que descolonizar, de que «tenían que librarse» de los otros, los colonizados, a esos otros les pareció que era tiempo de pagarle a la metrópolis una visita. «Mientras ellos arriaban la bandera, nosotros nos montamos en el *banana boat* y navegamos directo a Londres», dice Hall, y de esta imagen no te olvidas, a pesar de que han pasado muchos años desde que la encontraste por primera vez, cuando trabajabas en tu disertación. Los colonizadores, de acuerdo con Hall, siempre habían dicho que allí estaba la cuna, el hogar, que las calles estaban pavimentadas con oro, así que «maldita sea, vinimos solamente a comprobar si era cierto o no». Hall explica que él es, sin ir más lejos, un producto de esa paradoja. Al leerlo, te diste cuenta de lo obvio: tú lo eres también.

Pero durante esa primera estancia fuera de tu país todavía no habías leído a Stuart Hall. Lo que recuerdas es la sorpresa de entonces al descubrir que a París la alimentaban, limpiaban y mantenían cientos de miles —¿quizá millones?— de migrantes de color. En los albañiles que descansaban cerca de sus obras, o en los empleados del puesto de *gyros* al frente de la Fundación (su enorme *sandwich turque* con papas fritas era un favorito de los becarios), o en las mujeres que más de una vez te encontraron frente a alguna computadora de la Fundación a la madrugada, cuando empezaban su ronda de limpieza de oficinas, identificabas con frecuencia la música del francés que hablaban tus compañeros periodistas de Argelia o Senegal.

Cuando llevabas ya meses en el programa te enviaron a Londres; te habían asignado reportear sobre las piezas del Partenón que el Museo Británico atesora y cuya devolución Grecia viene reclamando por décadas. Tienen razón los griegos, pensaste, mientras contemplabas los mármoles boquiabierta y después de haber leído, en preparación para el viaje, cómo este museo y prácticamente toda gran colección arqueológica del mundo industrializado se origina, de una manera u otra, en los saqueos que acompañaron a los procesos de colonización. No muy lejos de los mármoles del Partenón está, por ejemplo, la Piedra Roseta, también reclamada por Egipto. Pero ni del museo ni

de las múltiples entrevistas que hiciste te acuerdas tan bien como de haber recorrido Londres por la noche en un bus de dos pisos, quién sabe qué ruta, rodeada de gente de todos los rasgos y colores de piel imaginables, pero sobre todo de jóvenes cuyas familias debían venir, pensaste, de lndia, Paquistán o Bangladesh. Por la ventana del bus pasaban los letreros iluminados de los negocios, y al mirarlos recordaste un episodio de *Los Simpson* en el que Bart camina por un centro comercial y cada dos o tres pasos se encuentra con un café Starbucks. Acá, sin embargo, no eran Starbucks los negocios que se repetían, sino la palabra *curry*. Curry aquí y curry allá, una y otra vez.

***

Los dos tipos de uniforme empiezan a revisar papeles, equipados cada uno con su linterna a pesar de que el conductor del bus ha encendido la luz de la cabina. Algo nerviosa, sacas tu pasaporte de la mochila mientras la mamá de Lidija te sonríe y dice algo que interpretas como «no te preocupes, todo está bien». Diez días antes habías tomado un avión de París a Sarajevo, con la tarea de reportear para *EuropMagazine*, la revista de la Fundación, sobre qué tan posible era, en ese momento, que las fuerzas de estabilización de la OTAN (SFOR) se retiraran de Bosnia y Herzegovina sin que una guerra explotara de nuevo. Lo que ni tú ni los directores de la Fundación podían haber imaginado era que, el mismo día en que volabas hacia los Balcanes, la OTAN iba a iniciar el bombardeo aéreo de Kosovo. El tuyo bien puede haber sido el último vuelo comercial que aterrizó en Sarajevo en marzo de 1999: esa misma noche el aeropuerto de la capital de Bosnia y Herzegovina se cerró, y así iba a permanecer por tiempo indefinido.

Corría la voz de que el aeropuerto se había cerrado para que los bombarderos de la OTAN lo pudieran usar como base en cualquier momento, pero la verdad es que no recuerdas haber visto mucha actividad aérea durante tu estancia en Sarajevo. Lo que sí recuerdas es el cielo azul y la ciudad alargada que, con sus montañas de lado y lado, te hizo sentir desde el primer día como si hubieras estado en Quito. Lidija, originaria de Sarajevo y compañera tuya del programa en París, había hecho arreglos para que te hospedaras con la familia de una amiga suya, también periodista, que se defendía muy bien con el inglés. La mamá de esta amiga era bosnia musulmana, el papá era serbio y cristiano ortodoxo, y habían iniciado su familia en tiempos de Tito, mucho antes de que Yugoslavia empezara a resquebrajarse a inicios de los años 90. Familias así, multiétnicas y multireligiosas, habían sido la cosa más normal antes de las

guerras de Yugoslavia. Quizá por eso, cada mañana, cuando te despertaba con el olor de café recién hecho, la mamá de la amiga de Lidija servía el líquido espeso en un pocillo metálico y te hacía la charla como si no hubiese sabido que no entendías nada de lo que decía, nada, con excepción de dos palabras —bueno, en realidad una— que salieron a colación más de una vez: «Oh, Tito, Tito», decía, elevando las dos manos y con la mirada fija en lo alto, invocando un tiempo anterior a la pesadilla de hambre, frío y terror cotidianos que había sido el sitio de Sarajevo.

Para cuando tú llegaste, los francotiradores y artilleros instalados en las colinas alrededor de la ciudad se habían esfumado hacía cinco años ya, aunque no sin dejar rastros en edificios derruidos y constantes encuentros con paredes cosidas a balazos. Un año antes, la guerra en los Balcanes había rebrotado, no ya en Sarajevo sino en la no muy lejana región de Kosovo, donde la guerrilla independentista de la etnia albanesa se había encontrado con la violenta represión de la policía serbia y el ejército de lo que quedaba de Yugoslavia (en ese momento, Serbia y Montenegro). El bombardeo aéreo de Kosovo —la intervención sorpresiva que la OTAN desató el día de tu llegada a Sarajevo— terminaría expulsando al ejército yugoslavo en cuestión de tres meses. En tierra, sin embargo, la peor parte la llevaban otra vez los civiles: desde el inicio de la guerra, alrededor de un millón de kosovares de la etnia albanesa habían tenido que huir a refugiarse en países vecinos, ahuyentados por el acoso de la etnia serbia; con la retirada del ejército yugoslavo, la tortilla, claro está, se dio la vuelta, y entonces fue el número de refugiados kosovares de la etnia serbia el que creció aceleradamente.

***

Después de una revisión rápida, el joven guardia fronterizo le devuelve su pasaporte a la mamá de Lidija, quien lo acepta con un «*hvala vam*» de agradecimiento. Entonces le extiendes el tuyo, y tan extraño le resulta que su primera reacción es dirigirte una mirada de curiosidad. «*Ecuadorian*», explicas, «*living in France*». Tu pasaporte contiene la visa francesa de estudiante, y también la visa de turista de Bosnia y Herzegovina, que solo es válida por 15 días y está a punto de expirar. La que brilla por su ausencia, sin embargo, es la visa croata. Un detalle no menor si se toma en cuenta que el bus en el que viajas está a punto de dejar el territorio de Bosnia y Herzegovina para entrar en Croacia.

Hoy quieres pensar que no te habrías atrevido a llegar a esta circunstancia sin algún tipo de salvoconducto a mano, ¿quizá un documento tramitado en alguna oficina croata en Sarajevo? Pero la verdad es que no recuerdas haberles entregado a los guardias fronterizos ningún papel adicional aparte del pasaje de avión Zagreb-Múnich, y en tu pasaporte de ese entonces no encuentras huella alguna de un sello croata.

Tu verdadero y único salvoconducto es la mamá de Lidija, quien al notar la confusión del joven guardia empieza a hablarle por encima tuyo. No entiendes palabra, claro, pero no puede sino estar contándole la verdad: que viajaste a Sarajevo por trabajo; que tu visa para Bosnia y Herzegovina expira ya mismo pero no has podido dejar el país porque todos los vuelos están cancelados; que, como ella tenía planeado un viaje por tierra a París para visitar a su hija, se le ocurrió que podrían viajar juntas en bus hasta Zagreb, desde donde tú ibas a tomar un vuelo a Múnich, y luego otro de vuelta a París. Alertada por una señal de la mamá de Lidija, le entregas al guardia el ticket de avión; él lo recibe y llama a su compañero, quien ya prácticamente ha terminado de revisar papeles en el otro lado del bus. Se juntan en la mitad del corredor, justo detrás de tu fila, desde donde crees escuchar la palabra Ecuador pronunciada varias veces y, por instinto, volteas para encontrarlos examinando tu pasaporte con dos linternas por falta de una.

Esta historia la has contado decenas de veces, siempre acentuando el toque cómico de los dos guardias malanochados, tan jóvenes que parecían recién salidos del colegio, quizá perplejos ante el documento de identidad de una mujer que supuestamente venía de un país que no podía ser porque, si mal no recordaban sus clases de geografía, el Ecuador lo que es, es una línea imaginaria que divide al planeta en hemisferio norte y hemisferio sur. Lo que nunca enfatizas es el cimbrón de miedo que te barrió el cuerpo cuando, al volverte de nuevo hacia la mamá de Lidija, la encontraste con la mirada fija en el espaldar del asiento enfrente suyo y el ceño un poco fruncido, como haciendo un esfuerzo para no perderse una palabra de la conversación entre los dos guardias.

Pasan minutos, o quizá solo unos cuantos segundos estirados por la angustia, quién sabe. En el silencio de la mamá de Lidija lees posibilidades que, curiosamente, no habías contemplado con seriedad antes de iniciar el viaje: que te obliguen a bajar del bus; que te metan presa por intentar ingresar a Croacia sin una visa; que te quedes atrapada en un limbo fronterizo, porque tu visa para Bosnia Herzegovina habrá expirado al día siguiente, y por lo tanto a

Sarajevo tampoco puedes regresar. Y todo esto en las inmediaciones de una zona de guerra. Pero entonces la mamá de Lidija levanta la cabeza por fin y busca tu mirada: esta vez no te habla en serbio, solo te aprieta el brazo y sonríe.

10

Los migrantes latinoamericanos no abundaban en París o en Londres, por lo menos no cuando tú andabas por Las Europas, poquito antes del cambio de milenio. Pero bastó poner un pie en Madrid —la Fundación te había enviado a España a trabajar en un reportaje sobre el resurgimiento económico de Bilbao— para que las múltiples variantes del español sudaca te acogieran en calles, hoteles y cafés. Ya para esa época un asentamiento de migrantes ecuatorianos se empezaba a formar en el sureste del país, en Murcia, donde se habían vuelto mano de obra barata e indispensable para las labores agrícolas. Quién se iba a imaginar entonces que, en cuestión de unos años, los ecuatorianos iban a convertirse en una de las comunidades inmigrantes más numerosas en España.

Pasó que mucho antes de la crisis financiera global del 2008, antes incluso del tristemente célebre «corralito» en Argentina, los bancos en Ecuador se empezaron a caer uno por uno, como piezas de dominó. Fue una suerte que hubieras sacado prácticamente todos tus ahorros antes del viaje a París porque en marzo de 1999, mientras andabas por allá, el gobierno de Jamil Mahuad declaró un «feriado bancario» de cinco días que impidió a los ciudadanos hacer retiros de efectivo: se quería evitar así, a costa de los ecuatorianos de a pie, que todavía más bancos se desplomaran. Luego, el gobierno congeló por un año las cuentas bancarias que en ese momento tuvieran un saldo equivalente a 180 dólares o más. Aun así, los bancos seguían derrumbándose y la moneda ecuatoriana de entonces, el sucre, se devaluaba a la velocidad de la luz. Para el 9 de enero de 2000 llevabas meses ya de vuelta en el diario y recuerdas que, de pie frente a uno de los monitores de la redacción y rodeada de colegas, viste al presidente decir, en cadena nacional, que el sucre no iba a ser más la moneda del país, y que el Ecuador empezaba entonces el proceso de adopción del dólar como su nueva moneda.

La noticia misma de la dolarización no fue gran sorpresa, porque esta posibilidad se venía discutiendo intensamente, pero lo que quebró a todos —con excepción, quizá, de aquella élite en el país que vivía ya de ingresos en dólares— es que iban a tener que canjear sus inútiles sucres a un cambio de 25 000 por cada dólar, cuando apenas un año atrás el cambio habría sido de alrededor de 7 000 sucres. En cuestión de meses —y con una rapidez que mareaba durante las semanas que precedieron al anuncio— el sucre había perdido casi cuatro veces su valor. Al volver al diario, en medio de la crisis y

esta vez como editora de la sección metropolitana, habías negociado un salario en sucres que equivalía más o menos a mil dólares. Para cuando la dolarización se puso en efecto, ese mismísimo salario se había reducido a alrededor de cuatrocientos dólares. Para colmo, en el supermercado o la feria todo lo que antes había costado el equivalente a centavos tenía, de la noche a la mañana, el precio de un dólar por lo bajo.

Desesperados, cientos de miles de ecuatorianos que se habían quedado sin empleo, o que, como tú, habían visto sus ya magros salarios y ahorros de años convertidos a dólares por poco más del 40% de su valor original, decidieron dejar el país.

Históricamente, los migrantes ecuatorianos habían sido hombres jóvenes, generalmente de provincias del sur, quienes se embarcaban en arriesgadas y costosas travesías para llegar a Estados Unidos, cuando lograban llegar, sin documentos y endeudados hasta el sombrero. La comunidad ecuatoriana con la que habías tenido breve contacto como periodista unos años antes, en Queens, era producto de esa migración. Pero la gran ola migratoria desatada por la crisis de 1999-2000 la protagonizaron, más bien, las mujeres: era para ellas que había empleo asegurado cuidando ancianos, niños y enfermos en España. Además, en ese momento los ecuatorianos todavía podían viajar allí sin tener que pedir visa, y no existía el impedimento de tener que aprender otra lengua. Quién sabe qué habría sido del Ecuador sin las remesas que, como te dijo un experto en migración al que entrevistarías años más tarde, fueron «como una inyección, directo a la vena».

Tú también te fuiste pero, aquí entre nos, debes haber sido la única migrante ecuatoriana que, en lugar de mandar plata, pedía que se la enviaran. Asesorada por tu amiga la Beli, y quizá un par de meses antes de que se anunciara la dolarización, habías enviado la solicitud para que te aceptaran con beca de *teaching assistant* en University of Maryland. Llegaste a College Park en agosto de 2000, con ciento treinta dólares en el bolsillo y el plan de completar una maestría de cuatro semestres que terminaría convirtiéndose en siete años de doctorado.

No lo sabías entonces, o no lo querías ver, pero el hecho de que el Gato y tú estuvieran viviendo de nuevo en países diferentes, porque te habías ido otra vez, revelaba grietas profundas en la relación. Quizá si ahora fueras a preguntarle su versión del final, su respuesta te sorprendería, pero esta es la manera en que tú lo asimilaste: él no quería cortarte las alas, y tú no querías

que su sueño de levantar desde los cimientos una empresa propia se fuera al carajo. Se habían casado muy jóvenes, antes de darse cuenta de que sus proyectos de vida eran casi opuestos. Andaban juntos desde la universidad y se habían comprometido sin pasar antes por rupturas, hiatos, u otras relaciones importantes. En un intento de salvar su matrimonio, el Gato y tú vivieron juntos en College Park durante el último semestre de la maestría y, paradójicamente, fue entonces que decidieron separarse, aunque todavía les tomaría otro par de años recoger el valor para firmar el divorcio. Para entonces, con tu corazón —¿o quizá más bien con tu ego?— se había trapeado el piso más de una vez.

Andabas en esos tiempos de transición —al programa de doctorado en literatura comparada, a la vida sin una pareja estable— cuando, incapaz de asimilar la soledad, te obsesionaste con un periodista *freelance* a quien llamaremos el Sapo. Fue el Sapo quien te dijo, con ese tono burlón que usaba a menudo: «ahora que saques el *Ph.D.* vas a terminar de blanquearte». No recuerdas si ocurrió mientras fumaban en el balcón de tu cuarto, en la casa que entonces compartías con dos amigas en Washington DC; o si estaban los dos borrachos, uno de esos martes en que las jarras de cerveza costaban la mitad de precio en su bar favorito de Adams Morgan. El Sapo era moreno y de rasgos aindiados, como tú; trabajaba para un diario centroamericano y también estaba haciendo un posgrado. Cuando se pasaba de tragos se ponía cariñoso y casi parecía que te quería, así que te habías vuelto una *enabler* total y esperabas los martes con ansias. Si le pediste que se explicara o si entendiste enseguida a lo que iba, no te acuerdas tampoco. Lo cierto es que la frase se te quedó grabada, quizá porque te sentiste atacada sin razón, quizá porque algo tenía de cierto.

En su libro *Piel negra, máscaras blancas* (1952), Frantz Fanon afirma que el joven antillano —una proyección de sí mismo, nacido en 1925 en Martinica, una excolonia y hoy departamento de ultramar de Francia— desarrolla «una manera de pensar y de mirar que son, esencialmente, blancas». Fanon explica que este joven es el producto de una sociedad colonizada, en la que la cultura popular lo expone constantemente a representaciones degradantes de su color de piel, sus costumbres ancestrales, sus ritos religiosos. Como ejemplo cita los cómics que habrá adorado en su niñez, en los que «los malos son siempre negros o indios», de manera que al joven colonizado no le queda otra que identificarse con el héroe blanco. Relees a Fanon para un artículo que estás escribiendo, y te cuesta creer que cuando algún profesor te asignó lecturas de ese libro, en los años de la licenciatura, su prosa clara y sincera no te hubiera

cautivado. Tal vez eras demasiado joven para trazar las conexiones con tu propia vida; tal vez te pasaste la lectura por las pelotas y te presentaste en clase sin haber tocado el texto; tal vez, como el propio Fanon, no te diste cuenta de que esta reflexión te concernía sino hasta que te miraste a ti misma y a los tuyos desde Europa o Estados Unidos. «El antillano se comporta como un blanco. Pero es un *negro*», dice Fanon, y agrega: «De esto se dará cuenta una vez llegue a Europa y, cuando se hable de *negros*, sabrá que se está hablando de él tanto como del senegalés».

Así que algo de cierto podía haber en aquello de que el doctorado en Estados Unidos era parte de una estrategia de blanqueamiento. Después de todo, te habías empeñado, por dar un ejemplo, en probar que podías escribir reportajes en francés, que podías completar una disertación en inglés, pero no has hecho hasta hoy ningún esfuerzo para aprender kichwa o shuar, las dos lenguas indígenas más extendidas en tu país. No eres un joven antillano, no eres negra, pero como una mestiza sin pedigrí, por cuya sangre seguramente corren todos los colores de piel y rasgos imaginables, asimilaste desde muy pequeña que mientras más blanca te vieras —léase de apariencia más europea, más gringa —, mejor. Mientras más lograras atenuar los rasgos que te acercan a lo negro y lo indígena —tu piel que se oscurece dramáticamente al mínimo contacto con el sol; tu pelo negro y tan lacio que no conoció sino permanentes en los años ochenteros de tu adolescencia—, mejor. Aún hoy, y a pesar de tener conciencia total del origen de estas taras, a pesar de Fanon, te cuidas de no pasar mucho tiempo en el sol, y no porque tengas miedo de agarrar un cáncer de piel, no. Si eres honesta contigo misma, la razón es que todavía no consigues mirar con ojos totalmente descolonizados a la mujer de piel oscura que reaparece en el espejo cada verano. La hiedra de desprecio hacia ti misma está tan adherida a tu cultura y a quien eres que, aun cuando logras extirpar de raíz unas cuantas enredaderas, sus muchas otras raíces se encargan de mantenerla viva. La única manera orgánica de librarse de ella es, al parecer, lenta y trabajosa. Hay que mantenerse alerta y debilitarla poco a poco, arrancando los nuevos brotes de inseguridad y prejuicio uno por uno. En esas te encuentra este texto, tratando de extirpar esos retoños apenas acaban de nacer y antes de que echen raíces.

Sobre el título

El título de este libro, *Receta para viajar*, viene de una frase con la que Pau bautizó el origen del viaje de Mari, nuestra amiga mutua, a Estados Unidos. Para mi sorpresa, cuando compartí con las dos este manuscrito Pau me explicó que esta frase no había sido simplemente una ocurrencia suya, como yo pensaba. Resulta que mi amiga estaba citando una obra de teatro de la que yo nunca había oído hablar: *Receta para viajar*, del ecuatoriano Francisco Aguirre Guarderas. La única edición existente de esta pieza teatral la describe como una «comedia estrenada en el Teatro Nacional Sucre de la ciudad de Quito, por la compañía Dalmau, el 11 de junio de 1892»[1].

Escrita en verso de rima consonante y dividida en cuatro actos, la comedia de Aguirre Guarderas cuenta la historia de dos familias quiteñas de distinto nivel social. En los dos casos, los padres aspiran a incrementar su riqueza y salir de deudas asegurándose de casar a sus hijos (Clara y Benito, respectivamente) con alguien que tenga garantizada una herencia considerable. Los padres de Clara se endeudan para impresionar a Benito, quien parece interesado en su hija y viene de una familia de terratenientes. Los padres de Benito, en cambio, optan por enviarlo de viaje a Europa e impedir así una relación con Clara, cuyo pedigrí deja mucho que desear.

La noticia de la existencia de esta obra de teatro me dejó tan perpleja que, en un principio, contemplé seriamente la posibilidad de cambiarle el título a mi manuscrito. Sin embargo, al final decidí conservar *Receta para viajar*, no solo porque la comedia de Aguirre Guarderas pertenece a un tiempo, un género literario y una visión del mundo diferentes, sino también porque escribí la mayor parte del texto ya con ese nombre en mente. En otras palabras, *Receta para viajar* es un título incrustado de forma orgánica en la premisa y la ejecución misma de mi manuscrito.

Sobre la autora

SILVIA MEJÍA (Quito, Ecuador) es narradora, ensayista y profesora universitaria de español, literatura y cine latinoamericanos. Ha trabajado también como periodista para medios en Ecuador, Francia, El Salvador y Estados Unidos. Actualmente vive en Albany, Nueva York, con su marido, su hija y Pedro, el gato de la familia.

Notes

[←1]

Aguirre Guarderas, Francisco. «Receta para viajar». *Teatro Ecuatoriano: Primer Tomo*, editado por Hernán Rodríguez Castelo, Publicaciones Educativas Ariel, sin fecha, pp. 71-186.

Table of Contents

Nota
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
Sobre el título
Sobre la autora
Referencias